

DEMOGRAFIA Y PLANIFICACION DE LA FAMILIA

El crecimiento de la población y el control de la natalidad

Dr. HERNAN ROMERO

La brecha demográfica

Alfred Sauvy llamó a América Latina el Tercer Mundo. Quienquiera haya recorrido el planeta y se mantenga al corriente de los acontecimientos sabe, en verdad, que nuestra situación no es ya equiparable a la que presentan los países propiamente subdesarrollados de Asia y África y que nos hallamos en posición intermedia entre ellos y los desarrollados de Europa, Norteamérica, Oceanía, la Unión Soviética y Japón. Sin embargo, poseemos una característica que nos coloca claramente en el primer grupo y es la celeridad de nuestro crecimiento demográfico, que excede apreciablemente de todo otro en el planeta. Por lo demás, esa característica es la que divide con más nitidez la humanidad en dos mitades muy desiguales. Ningún otro componente social o económico —ingreso per cápita, grado de urbanización o de industrialización, alfabetismo, etc.— permite establecer una dicotomía tan tajante y con tan pocas excepciones a la regla general. Parece sugestivo que estas excepciones se den precisamente entre nosotros. Las constituyen Uruguay, Argentina, Cuba y Chile cuyas natalidades van desde 23 a 35 por mil*. Se diría que estos países se están cambiando de bando**.

En las naciones subdesarrolladas las tasas de natalidad oscilan entre 40, como presentan Panamá y acaso Brasil y 50, como en Ecuador,

En el presente artículo el autor pasa revista a la situación creada en Chile y demás países de América Latina por la celeridad del crecimiento demográfico el cual, más que el ingreso per cápita, el grado de industrialización, el alfabetismo, etc. permite establecer una dicotomía tajante con los países desarrollados.

En sucesivos capítulos se analizan en relación con este problema las migraciones de población, el crecimiento desorbitado de las ciudades y su consecuencia, la proliferación monstruosa de poblaciones marginales. Se analizan, asimismo, la vivienda, aspectos económicos, comercio y producción agropecuaria y el retraso considerable de nuestra agricultura.

Finalmente, en base a estos y otros antecedentes, el autor fundamenta los programas de control de natalidad y establece los procedimientos de control, determinando la responsabilidad de los médicos en la realización de estos programas.

Venezuela, Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Haití, Honduras, Nicaragua y la República Dominicana. En los desarrollados raramente bajan de 17 y sobrepasan de 25. Por los descensos espectaculares que han experimentado en este siglo y, particularmente, en los últimos 45 años, la mortalidad ofrece contraste menos marcado y se halla, en aquéllos, entre 10, como en Venezuela, Costa Rica y Panamá y 25, como en Haití y tal vez en Bolivia. En el otro conjunto se sitúa entre 8 y 12 por mil.

No deja también de resultar sugestivo que la tasa de Costa Rica o de Venezuela sea virtualmente idéntica a la de Estados Unidos (9,5 por mil). Revela el hecho, que se ha señalado repetidamente, de que, por los progresos de la sanidad y la medicina y porque sus técnicas son susceptibles de importar a precios razonables, la mortalidad se ha independizado de la condi-

*Se comprende que nuestra natalidad sea mayor que la de India —un ejemplo que el autor conoce de cerca— porque, entre nosotros, suelen casar las viudas, no tenemos virtualmente tabús rituales frente al sexo, somos más prósperos, tenemos menos desempleo y mejor salud y alimentación. Estos factores deben determinar aumento de la fertilidad por la frecuencia menor de los abortos involuntarios y de la esterilidad y por otras causas, algunas de las cuales no se han esclarecido.

**A estos nombres se podría acaso agregar —por motivos diferentes a que se aludirá más adelante— Taiwán, Ceilán, Singapur y Hong Kong.

ción general —social, económica, cultural— de las colectividades. Está influida, en cambio, por la distribución de edad de las poblaciones. Por estos efectos fue, en 1951, de 12,1 por mil, en Jamaica y de 12,6 en Gran Bretaña.

Son, principalmente, las grandes diferencias de fertilidad las que conforman la celeridad, también distinta, a que están aumentando uno y otro mundo, que tienen, en estos momentos, 2.550 y 950 millones de habitantes, respectivamente. De la suma de ambos aumentos, aquél representa ya el 85 por ciento. De consiguiente el planeta, que albergaba, hacia 1900, 1.600 millones de individuos, de los que un tercio vivía en Europa y Norteamérica, tienen ya cerca de 3500 millones y de ellos, las tres cuartas partes corresponden a la humanidad sumergida. De continuar las cosas como van, serán los cuatros quintos hacia el año 2000.

La proyección de población basada en la continuación de las tendencias recientes

Entre sus tiembres de orgullo, Naciones Unidas se puede preciar de que, al poco de creada, estableció, en 1946, una Comisión de Población dentro de su Consejo Económico y Social (Ecosoc). Muy prontamente organizó asimismo una sección (**Population Branch of the Bureau of Social Affairs**) que se ocupa de estos asuntos con singular competencia. En cuatro oportunidades ha preparado, en 1951, 1954, 1957 y 1963, estimaciones globales y proyecciones de la población mundial. Para este propósito usa técnicas demográficas complejas e ingeniosas que importan clasificar a los individuos según sexo y grupos de edad, aplicar las tasas de mortalidad en cada uno de ellos, como también calcular la natalidad y otras medidas especiales de fertilidad. Importan también llenar los vacíos y corregir los defectos de muchos datos nacionales.

Como todos esos factores sufren y seguirán sufriendo cambios, acostumbra preparar tres proyecciones, que denomina alta, media y baja. Según las últimas de 1963, los habitantes han de ser, al fin del siglo, 6800, 5900 y 5300 millones, respectivamente. En este mismo balance reciente, introdujo un cuarto cálculo que se funda en la persistencia de los fenómenos de este momento. La llama proyección basada en la continuación de las tendencias recientes. Como entre dichas tendencias destaca el incremento de la tasa de crecimiento mundial, podría haber, el año 2000, 7.410 millones de habitantes.

En realidad la tasa en referencia, que fue inferior a 1 por ciento en la primera mitad del siglo XIX y ascendió progresivamente, alcanza al 2,1 por ciento, en la hora presente y podría

encaramarse a una cumbre de 3 por ciento. A este paso la humanidad se duplicaría cada 23 años y en tanto que demoró desde 1900 a 1950 para que se le agregaran mil millones (desde 1600 a 2500 millones), igual cantidad será aportada ahora en 13 años, o sea, hacia 1978. Por entonces las adiciones serán, anualmente, de unos 100 millones y, hacia el año 2000, de más de 200 millones, o sea, de tantas personas como comprendía la América Latina en 1959.

Puesto que en 1965 los nacimientos deben haber sido unos 124 millones y las defunciones, unos 55 millones, quedó un saldo de unos 70 millones, esto es, poco menos que la suma de los ciudadanos de las diez naciones centro-americanas (algo más de 72 millones), incluyendo en ellas a México y Cuba. Atribuyendo a América Latina 248 millones, tasa de natalidad y de mortalidad de 40 y 10 por mil y, por tanto, crecimiento natural de 3 por ciento, deben haberse incorporado a ella, el año pasado, más de 7 millones (7.4), o sea, levemente menos que todos los habitantes de Cuba (7,5 millones). Entre 1950 y 1960 los mexicanos se acrecentaron en 35 por ciento; los brasileros, en 37 por ciento; los venezolanos, en 43 por ciento y los costarricenses, en 45 por ciento.

Su aplicación a la América Latina

Entre 1930 y 1965, el crecimiento anual de América Latina fue cercano a 2,5 por ciento y se duplicó así en algo más de los 28 años últimos del período. De persistir la tendencia, esa tasa de incremento, que ha llegado virtualmente a 3, terminaría por exceder de 3,5 y nos duplicaríamos en 20 años para triplicarnos en 31. El año 2000, sobrepasaríamos de los 835 millones, esto es, algo menos de la suma de las poblaciones actuales de India, la Unión Soviética y Estados Unidos que, con excepción de China continental, son los tres países más poblados del mundo. Mientras nosotros nos triplicaremos y más, Europa habrá aumentado en un tercio.

Con nuestros 248 millones, adelantamos ya a la Unión Soviética con 239 y a Norteamérica, con 222 millones, de los cuales nueve décimos corresponden a Estados Unidos y un décimo, al Canadá. Para entonces seríamos poco menos que la suma de los que tendrán, a la sazón, estos tres países. Prueba que les estamos tomando más ventaja —a partir de 1920 en que igualamos los niveles— el antecedente de que, entre 1800 y 1900, esos norteamericanos se multiplicaron catorce veces y nosotros, sólo tres. En 1860 Lincoln comentó que Dios debe amar a la gente pobre, puesto que crea tanta y predijo que Estados Unidos alcanzaría; de 30 millones que tenía entonces, a 500 millones

en 1960, año en que el censo arrojó 179 millones. La predicción habría sido correcta, si no se hubiera modificado la fertilidad. No pudo imaginar que se reduciría a menos de la mitad antes de que transcurriera un siglo.

Con tasa de crecimiento de 1,3 por ciento, Argentina y Uruguay quedan más o menos a la misma altura de Norteamérica (1,6 por ciento para Canadá y 1,1 para EE. UU.). En el otro extremo se colocan Costa Rica con 4,3, seguida por Venezuela que no dista de 4; tienen 3,5 o más El Salvador, Honduras, México, Nicaragua y la República Dominicana. El peso de Argentina, Uruguay, Bolivia, Chile, Cuba y Haití, que ofrecen tasas de 2,5 o menos y totalizan cerca de 50 millones, el es que baja el promedio general y lo coloca alrededor de 3 por ciento.

Según Kingsley Davis los crecimientos demográficos serían menos veloces para las naciones cuyo ingreso per cápita queda por encima de 350 dólares y por debajo de 200: en los primeros, porque han doblegado la natalidad y en los segundos, porque la mortalidad es aún muy alta. Con algunas fallas el principio quizás tendría validez entre nosotros. Sea como fuere, las tasas de mortalidad han disminuido, a partir de 1920, a la mitad por lo menos y sólo en Haití, Bolivia y acaso Guatemala sobrepasan ahora de 20. Doblan, por tanto, a las de Argentina, Uruguay y Cuba (8 a 9 por mil), de Venezuela, Costa Rica, Brasil (10 por mil) y acaso de Panamá.

Nadie ignora que la natalidad alta da lugar a una población joven, o sea con alta proporción de individuos en los grupos de 0 a 15 años. Con excepción de Argentina, Uruguay y, en grado bastante menor, de Chile, ella representa 40 y aún 50 por ciento en América Latina frente a 30 por ciento, para Estados Unidos y 25 o menos, para Europa. Junto con los mayores de 60 o de 65 años, estos niños constituyen los dependientes. Son éstos gravosos, porque no pueden contribuir en nada a su sustento y hay que educarlos. Propia de los países subdesarrollados, esta distribución de edad importa que un número menor de activos lleve a costas un porcentaje mayor de pasivos, precisamente donde son exiguos los ingresos per cápita. Por otra parte importa la perspectiva de una cadena sin fin de ciclos de alta fertilidad para el futuro, por efectos de la abundancia de jóvenes que acceden, año a año, al período fecundo de la vida.

En el "Informe provisional sobre las perspectivas de la población mundial evaluadas en 1963", Naciones Unidas distingue, en nuestra parte del hemisferio, cuatro regiones: América tropical, América central, Sud América templada y Caribe. En la última hay, evidente-

mente, islas que no forman parte de la América Latina. Con 135 millones, la primera es la más populosa y tiene una tasa de crecimiento de 3,5 por ciento, que bien podría empinarse a 4. En ella Brasil representa bastante más de los dos tercios. Con más de 47 millones México constituye los tres cuartos de la América Central, que tiene 60 millones y el crecimiento máximo, o sea 3,8 por ciento. Con 23 millones aproximadamente, Argentina predomina en la América del Sur templada que tiene 36 millones y aumenta al 2 por ciento. Las natalidades de Argentina y Uruguay son ya la mitad y la de Chile, dos tercios de la costarricense.

El crecimiento de población en otras regiones

Europa se encuentra, en realidad, al otro extremo del espectro con respecto a la América Latina. Con una tasa de crecimiento inferior al 1 por ciento, la más baja, de 0,5 —que requiere 139 años para duplicar la población— se da en Gran Bretaña, seguida por Italia, con 0,6 por ciento. No huelga recordar que se trata de una nación católica y que es la sede del Papado. En Europa la transición demográfica —que, aparentemente, es siempre un proceso irreversible— comenzó a principios del siglo XIX, con disminución lenta de la mortalidad. Arrastró, en una generación, a la natalidad, a impulso de la acción espontánea de las personas. De este modo trascendió el cénit del crecimiento hace más de una centuria.

En 1960 los diez países más poblados del planeta eran, sucesivamente, China, las Indias Británicas, Rusia, Estados Unidos, Alemania, Japón, las Indias Holandesas, Gran Bretaña, Francia e Italia. En 1965 Indonesia reemplazó a Alemania cuya República Occidental pasó al noveno lugar; Pakistán, a Japón, que bajó un grado y se incorporó Brasil, que desplazó a Gran Bretaña al décimo puesto. Al fin del siglo se situarán México, en el noveno y Nigeria, en el octavo y saldrán de la lista Alemania Occidental y Gran Bretaña. Así las naciones desarrolladas se reducirán progresivamente, en este grupo, de 7 a 3. Con sus 88 millones, Brasil es hoy el octavo país del mundo en cuanto a número de habitantes.

Puede revestir interés anotar que es chino una de cada cinco personas y que a la China Continental se le asignan más de 700 millones. Conservando la proporción, podrían ser más de 1500 millones el año 2000. Quienes temen al peligro amarillo deben echar la barba en remojo. Procede agregar que, entre las naciones desarrolladas, los incrementos más substanciales se puede prever en la Unión Soviética, que creció 31 por ciento, entre 1930 y

1965 y que debería aumentar en 72 por ciento en los 35 años próximos. Más adelante comentaremos que, con mortalidad de 5,7 por mil, Taiwán ha rebajado su natalidad de 39,5 en 1966 a 34,5 en 1965. Junto con Corea del Sur, parecen estar realmente logrando quebrar su alta fertilidad; pero aquí la natalidad es todavía de 47.

Con crecimiento de 1,6 por ciento, Australia y Nueva Zelanda tienen poblaciones (14 millones) comparables con la suma de Nueva York y Nueva Jersey. Si bien han reducido admirablemente su natalidad a un medio o menos (17,7 por mil) —en contraste con las tasas de 40 a 50 que prevalecen en toda el Asia— y la mortalidad, a 6,9 Japón posee 98 millones y tendrá 130 millones al fin del siglo. El crecimiento consiguiente tiene un ritmo de 0,8 por ciento, esto es, la mitad que Canadá y menor que en varios países europeos.

Compáresele con su vecino, Pakistán, que lo excede en 8 millones (106 millones) y según la proyección de Naciones Unidas, alcanzaría a 300 millones el año 2000. A juicio de la Oficina del Censo de Estados Unidos, serían entonces 400 millones y su tasa actual de crecimiento, representaría, en realidad, 3,2. Se duplicarían así cada 22 años. A la sazón India tendrá 1200 millones, en circunstancia que eran 270 millones en 1931 y en 1965, 480 millones, o sea, más que toda Europa (444 millones). Como aumentan a razón de un millón al mes, la Misión que envió Naciones Unidas —a pedido del Gobierno y de la cual el autor tuvo el privilegio de formar parte— habría podido decir en su informe que, después de dos meses de permanencia, dejaba en el territorio dos millones más de indostánicos, sin intervención de ninguno de los miembros de la delegación.

Excluyendo la Antártica, se le reconoce al planeta unos 32,5 millones de kilómetros cuadrados de los cuales algo más de un tercio son habitables en las condiciones presentes. En 1925 había unos 25; en 1965, unos 40, y en 2000, se apretujarían ya unos 90 individuos en cada kilómetro cuadrado. En esta fecha América Latina tendrá más de 60 (o sea, tres veces los veinte actuales); pero será la tercera después de Asia (unos 270) y Europa (unos 190). Aquí se dispone ahora de unos tres acres de tierra cultivable por persona; se habrán reducido, al fin del siglo, a dos y a una fracción, para los asiáticos. Como se sabe, Europa está empacada en ciudades.

Las migraciones de población

Como el autor preparó para la Conferencia Latinoamericana sobre la Infancia y la Juven-

tud en el Desarrollo Nacional que convocó UNICEF en diciembre de 1965, un trabajo extenso. —El crecimiento de la población en América Latina y las primeras etapas de las políticas de población: su influencia sobre los problemas de la juventud y del desarrollo— en que se analizan los distintos fenómenos que la inundación demográfica determina entre nosotros, se agregarán ahora sólo algunos datos complementarios, buena parte de los cuales provienen de las comunicaciones presentadas y de las discusiones habidas en esa Conferencia.

En la conducta del hombre moderno ningún hecho es más conspicuo que su tendencia a abandonar el campo y los pueblos menores para ir a la ciudad. Se estima que, en el mundo, la población urbana era el 5 por ciento, en 1790 y el 70, en 1960. En el éxodo, que se hace irreversible e inexorable, salvo en períodos de desastre, ejercen, evidentemente, alguna influencia los progresos de la agricultura, que desocupa brazos y otros factores. Ninguna fuerza adquiere, sin embargo, mayor dinamismo que la revolución de expectativas o de aspiraciones surgentes o en ascenso: van en busca de trabajo, seguridad, educación y otras posibilidades, a menudo ilusorias, de mejorar sus circunstancias de vida. Al decir de Ecosoc, estas migraciones se parecen, por esa inexorabilidad, a la que emprenden los roedores del Ártico.

Huelga reiterar que, en América Latina, los desplazamientos asumen algunas peculiaridades, por cuanto han sido más recientes y acaso más voluminosos y porque el tropismo es, con escasísimas excepciones, ejercido por la capital y no, por las ciudades, en general. De todas maneras el crecimiento de nuestra población rural es apenas de 1,5 por ciento frente a 4,5 por ciento y más, para la urbana y a 3 por ciento, para la regional.

Consecuentemente el porcentaje de dicha población urbana subió, en la región, de 39 a 50,5 por ciento, esto es, 11,5 puntos, entre 1950 y 1965. Hubo alzas superiores al promedio en Venezuela (de 49 a 67 por ciento) para Brasil, Chile, México y Perú. Quedaron bastante por debajo Paraguay (28 a 29 por ciento), Uruguay (que alcanzó ya 82,5 y tenía 79 por ciento), Costa Rica (30 a 34) y El Salvador (de 27,5 a 30,5); pero todas ellas, sin excepción, han concentrado sus habitantes en ciudades. En 1965 las agrupaciones de población urbana —que pueden medir el grado de progreso económico— era de 50 por ciento en catorce países nuestros. Iban desde un máximo en Uruguay, hasta 25 por ciento en Honduras y 15 en Haití. Argentina, Cuba, Chile y Venezuela tenían entre 55 y 81 por ciento.

Las poblaciones marginales o irregulares

El desarrollo de las ciudades exige inversiones ingentes en edificios, caminos, alcantarillado, agua potable y otras dotaciones. Con crecimiento tan desorbitado de población y más todavía, de las urbes, no sorprende que se estime en 14 millones de unidades el déficit de viviendas y su aumento, en 1 millón por año. Para disminuirlo solamente se requeriría gastar unos 2 mil millones de dólares al año y para suministrar los servicios de saneamiento básico y de electricidad, unos 300 millones de dólares en los mismos periodos. Tampoco sorprende que hayan logrado proliferación monstruosa las poblaciones irregulares o marginales, que se etiquetan de clandestinas, de callampas, de villa miseria, favelas, de villas de caloca, de barriadas, chozas, bidonvilles, cantegriles (con sorna), etc. En buena parte son resultantes de la migración profusa, que, en opinión de Ecosoc (*Social aspects of housing and urban development*), amenaza generar ciudades arrabales con algunos bolsillos de residentes prósperos. Harrison Brown, el célebre geofísico, que ha hecho las predicciones más justas y mejor fundadas sobre el curso de los acontecimientos futuros y la posible capacidad del planeta para sustentar los incrementos de población, formula prevenciones similares. Dice así que, no obstante sus recursos potenciales, América Latina corre el riesgo de convertirse, por efectos de estos incrementos y de ese desplazamiento, en los próximos cien años, en un enorme arrabal urbano y rural. Es la colosal escuménopolis o ciudad universal, que enuncian algunos.

La vivienda

En un estudio que practicó recientemente la División de Asuntos Sociales de CEPAL (Comisión Económica para la América Latina) que pone en evidencia la situación que existe, con pocas variaciones, en todos nuestros países, reconoce, en Chile, tres variedades de poblaciones irregulares: 1) el núcleo urbano segregado, que sería la respuesta ilegal al problema de la habitación y el refugio de los grupos económicamente más débiles; 2) el conventillo o casa de vecindad que representa, a su vez, la respuesta antigua al mismo problema y aloja al proletariado tradicional de las ciudades, y 3) el núcleo urbano semi-segregado, que es la fórmula actual y canaliza, a través de mecanismos gubernamentales, del sector privado y de las empresas, los esfuerzos por procurar, ordenadamente, viviendas a quienes no pueden obtenerla por sí mismos. La segunda

de las tres fórmulas tiende a atenuarse por entrega a los otros dos grupos.

Pues bien, había, en Chile, en 1960, unas 322 mil viviendas marginales con más de un millón y medio de personas y de ellas, el 42 por ciento (135.000 y 635.000, respectivamente), se hallaban en Santiago. Respecto al total de las habitaciones representaban el 34,3 y el 33 por ciento y alojaban alrededor del 30 por ciento de los habitantes en el país y en la capital. No se advirtieron diferencias de densidad entre unas y otras; pero sí, aumento para todas las zonas urbanas, desde 4,9 a 5,2 personas, entre los censos de 1952 y 1960. El tremendo terremoto de 1960 agravó la situación. Comentando hechos similares, la revista "Visión" dijo que el hacinamiento en los cuartos contraviene el principio de física según el cual dos cuerpos sólidos no pueden ocupar el mismo lugar del espacio en el mismo instante.

Según un estudio anterior de CELADE (Centro Latinoamericano de Demografía), más de un tercio de los habitantes de poblaciones irregulares del Gran Santiago nació fuera de la ciudad y el 51 por ciento es menor de quince años. A cada mil activos (15 a 64 años) corresponden 1.118 pasivos frente a 686, que es la tasa general. De otro lado los trabajadores por cuenta propia —jardineros, lavanderas, vendedores ambulantes— que traducen subocupación o desocupación disfrazada son tan numerosos como los obreros asalariados. El 5 por ciento de los individuos busca ocupación (frente a 1 por ciento para el resto de los santiaguinos), hay un número tres veces mayor de parados y el analfabetismo (absoluto y funcional) alcanza al 59 por ciento.

Incidentalmente cabe anotar también que, entre los censos de 1875 y de 1960, el Gran Santiago se multiplicó once veces. Desde esa fecha y hasta 1920, estuvo creciendo alrededor de 2,4 por ciento frente a 1,4 para el país; en el segundo período (1920-1960) los ritmos fueron 3,2 y 1,8 por ciento, respectivamente. Algunas comunas lo hacen a velocidad de 10 por ciento y más. Procede observar también que el proceso de industrialización cobró vigor a partir de 1940, en tanto que la migración a la ciudad y el gran impulso demográfico se habían iniciado diez o veinte años atrás.

Las poblaciones irregulares son, en verdad, injertos rurales en la urbe y sus moradores se hallan en un limbo entre los órdenes sociales tradicional y moderno y cogidos en el movimiento irresistible a que se aludió. Como ha dicho Urquidí, el sistema de precio de las habitaciones respondía aproximadamente, en otros tiempos, a las necesidades; pero la multiplicación desenfrenada, más la inflación, que suele complicarse por la congelación de alqui-

leres, ha hecho que la construcción caiga enteramente en manos del sector oficial o precise de considerables subsidios.

Precocidad de las ciudades de América Latina

Consideradas en el panorama mundial, las ciudades de nuestra América son de muy larga data. Porque la civilización hispánica es "cosa urbana" y los españoles han amado la convivencia y el corrillo y rehuido el campo abierto, trajeron consigo sus "instintos urbanos" y sus inclinaciones. Colón estuvo tres veces en el Caribe y en su segundo viaje (1493-1496), tenía dispuestos hombres, animales y pertrechos —caballos, herramientas, semillas y renuevos de caña de azúcar— para establecerlos en la isla Hispaniola, que fue el primer poblado permanente en el Hemisferio. Trazó su plano rectangular, instauró el sistema edilicio según las prácticas tradicionales y asignó un puñado de indios a cada colono. Estos sistemas de repartimiento y encomienda, agregados al de mayorazgo, constituyeron modelo social que había de remedarse en todas las posesiones y configuró desde el inicio, nuestras estructuras sociales. Además de rígidas, se han caracterizado por la coexistencia de una gran masa de desheredados con un puñado de acaudalados, los terratenientes, que se enriquecieron aún más, añadiendo a sus tierras las que pertenecieron a los jesuitas expulsos.

En la América tropical España tuvo el talento de encaramar los habitantes en las alturas y esquivó así los inconvenientes y las plagas que eran propios, entonces, de los climas caliente. En tiempos en que los británicos llamaban a sus posesiones del Africa Occidental, la tumba del hombre blanco, sus congéneres vivían, con relativa comodidad, en Quito, Caracas o México. La última de estas ciudades comenzó a levantarse sobre las ruinas de la capital azteca en 1521 y poco después, se fundaron Quito, en 1534 y Lima, en 1535. Al año siguiente se intentó disponer Buenos Aires en el estuario del Plata. Lo destruyeron los indios, pero se volvió a construir en el mismo sitio que ocupa actualmente. También con intervalos de un año, nacieron Asunción (en 1537), 1.500 kilómetros aguas arriba de ese río y en el corazón del continente y Bogotá (en 1538). Simultáneamente surgió en los contrafuertes cordilleranos desolados de Bolivia, Sucre, que presume de ser todavía capital. Antes de la mitad del siglo aparecieron Santiago, en 1541; Potosí, el pueblo de las minas de plata, en 1545 y La Paz, en 1548.

En tanto que el primer poblado fijo de la Hispaniola se remonta, pues, a 1493, Plymouth, su homólogo, vino a surgir, en el continente nor-

te, en 1620. Acaso porque provenían de la España aventurera y emprendedora de los Reyes Católicos y de Carlos V, los peninsulares se dispersaron por una superficie de doble tamaño que la europea. En 1550 estos colosos ya habían completado virtualmente la ocupación de un área que incluían la parte sur de Estados Unidos y se prolongaba hasta el centro de Chile y fincado muchas poblaciones que subsisten hasta hoy. Tal vez porque su intención inicial fue acercarse donde lograran disfrutar de cierta abundancia y de libertad o porque pertenecían a la Inglaterra de los Estuardos y de la Comunidad, los Padres Peregrinos y sus sucesores se quedaron en el reborde mismo de la costa. Demoraron tanto en "empujar la frontera" que no alcanzó ésta al Pacífico hasta el siglo XIX. Ciertamente es que no los embrujó El Dorado y no se tropezaron con los mayas, los aztecas o los incas, cuyas civilizaciones podían despertar la glotonería del más inapetente.

Cabe imaginar que estos fenómenos ancestrales tengan algo que ver con el desarrollo inarmónico que se advierte en la América ibero. Significaría aceptar que hemos heredado el instinto urbano. Se ha recordado ya que la tasa de su aumento general (3 por ciento) únicamente ha sido excedida a lo largo de toda la historia del hombre sobre la tierra, por Estados Unidos, en el corto lapso de 1790 a 1860, en que hubo, además, gigantesca inmigración. Pues bien, el 70 por ciento de ese crecimiento corresponde a las urbes en forma que en ellas se duplicará, en menos de 18 años, en 7 de nuestros países y en Venezuela, en menos de 10. El 44 por ciento de los argentinos se acumula ya en agrupaciones de más de cien mil y el Distrito Federal de México, vale decir la megápolis y las localidades adyacentes del territorio metropolitano, está condenado a albergar, en 1985, 15 millones de sujetos y el 60 por ciento de la producción nacional. Lima tiene en la actualidad más del triple de los habitantes que registró en el censo de 1940 y mientras tanto Río de Janeiro y San Pablo han excedido ambos de los 5 millones.

En las naciones acaudaladas o afluentes —en la expresión de Galbraith— la urbanización sigue y es también consecuencia de los progresos tecnológicos y de la prosperidad. La máquina destruye la autarquía del grupo familiar e induce a los hombres a vivir en colectividades a fin de organizar empresas. Simboliza, pues, el señorío sobre el medio y los recursos. Como entre nosotros sobrepujan al desarrollo industrial y a dicha formación de empresas, representan, en cambio, la traslación de la pobreza rural que viene a conformar, en las ciudades, masas inorgánicas de sujetos indigentes y desamparados. Traduce el

fracaso o el desfallecimiento de las medidas racionales que persiguen la elevación de los niveles de vida y contribuyen asimismo a agravarlo. Con sobrada razón, son hervideros de inquietud social y de subversión política. Se han perfilado así, en nuestras veinte repúblicas, los cinturones de miseria que alcanzan hoy su máximo en Buenos Aires, Cali, Lima, México, Río de Janeiro, San Pablo y Santiago. Son los ranchos que coronan de vergüenza a Caracas, al decir de Lleras Camargo. Existen también en sitios tan dispares como La Paz y Puerto Príncipe.

Algo más sobre economía

Dice Kingsley Davis que cuando los conquistadores llegaron a nuestra América encontraron recursos fabulosos e intactos y, sin embargo, todavía somos pobres, después de cuatro siglos. En verdad nuestros productos domésticos brutos son, sin excepción, insuficientes y, en el último decenio, los ingresos per cápita han declinado en ocho países: Argentina, Bolivia, Costa Rica, Chile, El Salvador, Guatemala, Paraguay y República Dominicana. La Alianza para el Progreso se propuso aumentarlos a un ritmo de 2,5 por ciento al año, que sólo alcanzaron en 1963, la mitad de las repúblicas. Si aceptamos que es de 100 dólares en Bolivia, un incremento de esa magnitud lo llevaría apenas a 125 dólares en diez años. El resultado sería demasiado precario y acaso no tendrían paciencia para esperarlo. De todos modos exigiría reservar para la capitalización algo así como el 15 por ciento de ese producto, si se acepta que para aumentar la producción en un dólar hay que invertir tres y que tiene un crecimiento demográfico de 2,5 por ciento.

Según Hoffman el ingreso nacional bruto subió en cien países subdesarrollados a razón de 3 por ciento al año y llegó de 90 a 100 dólares, entre 1950 y 1959; pero como había, en el intertanto, 200 millones más de bocas el incremento neto por individuo fue de 1 por ciento, vale decir de 1 dólar al año. Contrasta con los 30 dólares a que crecen las naciones desarrolladas y con el 6 por ciento de Estados Unidos sobre un abase de ingreso personal de más de 2.800 dólares.

Por lo demás, todas esas cantidades representan promedios, que, en nuestros países, resultan muy engañosos, puesto que nuestros ricos y nuestros pobres son, respectivamente, más ricos y más pobres —en términos relativos para cada sociedad— que en casi todo el resto del mundo. Además, los mejoramientos suelen beneficiar únicamente a algunas estratas y aunque sean substanciales, dejan fuera a los niveles más bajos de salario y productividad, como los cul-

tivadores de minifundios y tierras agotadas, los campesinos sin tierra y con empleo estacional, al comercio minúsculo y a las industrias caseras de las ciudades. Nadie ignora que nuestras burocracias frondosas son también expresiones de subempleo; que lo son asimismo la profusión de instituciones semiestatales que han surgido en época reciente y que la proliferación demográfica ha subdividido muchos predios hasta conducirlos a agricultura de subsistencia.

Aquellos fenómenos constituyen otras tantas consecuencias de la expansión económica, que acarrea influjo de mano de obra no calificada y en exceso respecto a las oportunidades de empleo. De consiguiente menudean los medios de vida oportunistas y de baja productividad y las familias recurren, cada vez más, a expedientes socialmente objetables: abortos ilegales, deserciones, etc. En 1958 habría habido, en Venezuela, 163 mil niños abandonados y, a espaldas de la ley, un gran volumen de trabajo infantil. El desideratum es, en verdad, disminuir el número absoluto y el porcentaje de quienes tienen cantidad mínima de ingresos reales y que suelen aumentar, en cambio, por la mala distribución de los recursos. La urgencia de suministrar equipo a quienes se incorporan anualmente al mercado de trabajo compite con la transformación deseada de la economía, que requiere proveer capital para su dilatación cualitativa.

No procede reiterar que las naciones desarrolladas que hoy tenían, en la etapa primera y crucial de su progreso material, poblaciones pequeñas y que su abultamiento fue consecuencia y no antecedente del crecimiento económico. Se tiene conciencia de que, en el mundo, la escasez de capital ha determinado aumento considerable de los intereses que, en otros tiempos, sólo eran altos, en el mercado de Londres, para los solicitantes de crédito dudoso. Se sabe también que los pagos de este orden representan para 18 de nuestros países, al menos, sangría abundante de las divisas de exportación. Pocos ignoran que el proceso de urbanización acentúa el carácter dual de las sociedades de ciudad, como también el abismo que separa a la gente que habita en ella respecto a los campesinos.

Con todo no se justifica contemplar el futuro con pesimismo. Están avanzando a zancadas Venezuela, Brasil y México y, según el destacado economista Rostow, esta República, como también Chile, Panamá y Puerto Rico, están intentando el despegue, que se hace inminente. Cabe pensar que América Latina ha estado prolongadamente en una especie de remanso y que el torrente se despeñará pronto. En otras partes hemos comentado los efectos de la revolución de expectativas surgentes: de ha-

berse mantenido estática, sufre ahora el empuje de cambios profundos que aflojan las amarras de la coherencia social y política. A quienes temen al comunismo no se les ha dicho, sin embargo, que, como medida drástica para modernizar y adquirir poderío nacional, puede ofrecer más tentación para los intelectuales, los burócratas y los militares.

Comercio y producción agropecuaria

En la década de 1930 a 1940, América Latina ocupó posición dominante como abastecedora de granos en el mercado mundial. Exportaba más que Norteamérica y Oceanía juntas y sus aportes de maíz, por ejemplo, constituían las tres cuartas partes del total general. Aunque su producción agrícola había aumentado, perdió en 1961 ya su impresionante ventaja y afrontó un déficit neto en el comercio internacional. En aquel decenio Argentina cosechó más maíz que Estados Unidos y, en 1965, ni siquiera la mitad. Cuando el peso de plata era moneda dura, las exportaciones hispanoamericanas —excluidas, por tanto, las brasileras— triplicaban a las de Estados Unidos en cifras absolutas y, per cápita, resultaban apenas inferiores. Tradicionalmente los grandes compradores de rubros agropecuarios provenientes de países subdesarrollados han sido Europa Occidental y Norteamérica, que crecen ahora más lentamente, han aumentado sus rendimientos e introducido muchos sustitutos sintéticos.

En la Conferencia Mundial de Población de Belgrado, el doctor Binay R. Sen, Director General de FAO, nos dijo, en septiembre de 1965, que el suministro de comestibles por habitante no ha aumentado en los últimos 6 ó 7 años y que, en América Latina —y, de modo parecido, en el Extremo Oriente— es hoy un 7 por ciento inferior a la pre-guerra, es decir, que un cuarto de siglo atrás. Añadió que varias de nuestras naciones han logrado mantener dietas de por sí inadecuadas, reduciendo las ventas al exterior o acrecentando las importaciones —algunas de favor— con serio gravamen para sus economías. Por el aumento de los números solamente habrá, hacia el fin del siglo, más del doble de hambrientos y desnutridos. Como en oportunidades anteriores, insistió en que el período crítico en la historia del hombre sobrevendrá en las dos o tres décadas próximas, durante las cuales la población seguirá incrementándose con mucha celeridad, aún cuando se emprendan programas arrasadores de control de natalidad. La magnitud y la urgencia de este problema es tal que resulta declamatorio, si no falaz, declarar que sabemos bastante como para alimentar a todo el mundo.

Como los productos agropecuarios se acre-

centaron, entre 1950 y 1962, en 41 por ciento y la población, en 40 por ciento, se entiende que la situación no haya mejorado y experimentara aún el ligero deterioro a que se aludió. Del mismo modo se acrecentó en un 20 por ciento el suministro de calorías, que es el mismo porcentaje en que disminuyó la ración de proteínas de origen animal. Según la Tercera Encuesta de Alimentación Mundial de FAO, habría, para combatir la desnutrición y subnutrición y para satisfacer los requerimientos de la niñez y de otros grupos vulnerables, que acrecentar en 11 por ciento los suministros globales y en 22 por ciento, los productos de origen animal por habitante, hacia el año 2000. Evidentemente estas cantidades deberían ser más que triplicadas —230, para aquél y 260 por ciento, para éstos— si se cumplen las proyecciones de población y los niños, que eran 88 millones en 1960, llegan a 230 millones. Es de advertir que FAO práctica cálculos muy conservadores y acepta la existencia de 624 millones de habitantes hacia el fin del siglo.

No vale la pena insistir en que nuestros dirigentes cometieron error gravísimo al descuidar la agricultura. A modo de atenuantes se puede aducir que, hasta hace poco, se creía que nada elevaría más substancialmente los niveles de vida que el desarrollo de la industria y en esta tarea se empeñaron los impacientes. Además, no supieron interpretar los aumentos sostenidos de producción agropecuaria en los años de la postguerra, que se debieron, esencialmente, a la recuperación de las depresiones y desarticulaciones generadas por el conflicto y a la mayor demanda de materias primas que le siguió y que fue consecuencia suya. Como de regla los productos primarios sufren fluctuaciones mayores que los manufacturados en el ciclo de negocios: suben mucho en los momentos de bonanza, como aquél y los estruja la depresión.

El retraso considerable de nuestra agricultura

Hoy día no es ya sacrilegio sustentar que la agricultura debe, de ordinario, tener, después de la educación, segunda prelación porque su progreso condiciona todo otro o que nuestro retraso económico se debe principalmente a que ha sido remolona, o que su desarrollo exige destinarle capitales parecidos a los que se disponen para la industria. Impulsar aquélla es tarea verdaderamente hercúlea. De una parte coexisten en nuestra América todas las prácticas culturales que ha conocido el hombre desde que se convirtió de cazador en cultivador y, de modo general, existe una agricultura con economía esencialmente de tierra fija y casi feudal en contraste violento con expresiones

muy modernas de industrialización. La misma primitividad de las prácticas apega al campesino a los hábitos ancestrales y lo hace resistente a las innovaciones. Con mortalidad que suele ser doble y analfabetismo 3 y aún 6 veces mayor que para los habitantes de la ciudad, carece de la disciplina lógica que confiere la educación y no aprende u olvida prontamente los conocimientos nuevos. Salvo como contingente electoral del patrón no participa en la vida política. Todavía sigue estimando los rendimientos en relación con la cantidad de semilla y el empleo de una híbrida o la adquisición de abonos se traducen para él en aumento de los costos. No lo ve reflejarse en el incremento de la retribución, porque no lleva cuentas y porque transcurre tiempo entre la siembra y la cosecha o la venta.

Se ensancha, por otra parte, el abismo que separan las condiciones de vida urbana y rural. Según FAO el trabajador de aquella gana, en Brasil, 440 dólares frente a 110 para el segundo y en América Latina, los estratos superiores consumirían, por familia, 15 veces más que las inferiores, en tanto que la diferencia en las naciones avanzadas sería de 1 a 10. En Venezuela el obrero industrial ganaría 5 veces lo que el agrícola y en Caracas, los ingresos medios serían 10 veces superiores a los campesinos, mientras la diferencia en Italia y España oscilaría entre 4 y 5. En Guatemala habría seis arados de madera por cada uno de hierro en 1950 y en México el consumo de carne va desde 0,8 kilogramos a 8,6.

Corrientemente las actividades agropecuarias absorben el 50 por ciento de la producción activa cuyo aporte al producto nacional bruto es apenas de un 20 por ciento y la mitad que en la construcción que es, sabidamente, de baja productividad. Porque ese primer porcentaje es tan alto, resultará, sin duda, extraordinariamente difícil detonar el despegue de los ingresos per cápita —en la expresión de Rostow— para la población total. Aún en el supuesto de que se redujera apreciablemente la fertilidad por los mecanismos espontáneos y con ayuda de medidas deliberadas, no cabe prever disminución, en plazos razonables del número absoluto de campesinos y, durante muchos años, subsistirá la necesidad premiosa de absorber los redundantes. La empresa es muy ardua, puesto que el avance de la industria no es suficiente y se sabe que, en las primeras etapas, no genera gran demanda de mano de obra.

La mecanización de las labores, que permite aprovechar plenamente el buen tiempo y contraer al mínimo los efectos del adverso, tiene desarrollo sobradamente precario. Los datos publicados indican que el consumo de abonos químicos que era, en millones de toneladas, de

10 en 1938, subió a 29 en 1960; pero, de ellos, 24 se emplean en las naciones desarrolladas. Varios de nuestros países los producen en cantidad insuficiente o nula, encuentran escollos para importarlos y resultan más costosos en relación con el precio de los productos. Si bien escasean los estudios de suelos, parece improbable que se pueda aumentar la superficie cultivada en mucho más de un 10 por ciento. Colocados frente a la disyuntiva de desmejorar las condiciones de nuestra nutrición, de por sí muy defectuosa, depender de la exterior o aumentar los rendimientos, la valla principal no es la falta de conocimientos técnicos, sino la incapacidad para aplicarlos por motivos sociales, económicos y de otro orden. Según los expertos es problemático que América Latina logre incrementar, por períodos sostenidos, dichos rendimientos en más de 1 por ciento al año y la brecha que separa a ellos —los ingresos— en países desarrollados y subdesarrollados tenderá a ampliarse con manifiesto perjuicio para la convivencia humana y acaso para la paz.

Si bien la tierra disponible para el cultivo alcanza, en el continente americano, a dos hectáreas por persona frente a 0,4 en Asia, la producción por dicha unidad de superficie y por hombre es en función del equivalente económico en trigo, apenas de 350 y 830 kilogramos, respectivamente, frente a 880 y 2.200, para Norteamérica. La insuficiencia se agrava por la defectuosa distribución entre los habitantes, las fluctuaciones estacionales, las pérdidas y las dificultades de transporte, almacenamiento, organización de mercados, comercialización, etc.

El panorama de la alimentación

En América Latina el suministro cuantitativo de alimentos es marginalmente suficiente, por cuanto excede, en promedio, en 5 por ciento de las necesidades calóricas fijadas para la región. Respecto a la humanidad sumergida, tiene el mayor consumo de carne: incluidos los despojos utilizables, alcanza a 35 kilogramos y de ellos, el 70 por ciento corresponde a vacunos. Sin embargo, es 10 por ciento inferior a los primeros años del decenio de 1950, sólo ha aumentado en México y Venezuela y va desde 100 kilogramos para Argentina y Uruguay a 44, para Paraguay, y a 6 para Haití. Es rica en ganado, puesto que posee, por habitante, 1,05 cabezas (excluyendo las aves) frente a 0,33 para Europa. La excede únicamente Oceanía (2,53) y si bien la producción de carne por cabeza es apenas de 28 kilogramos —frente a 72, para Norteamérica— la zona del Río de la Plata sigue siendo gran proveedor internacional. La ingestión de huevos —de 85 unidades—

ha aumentado en 20 por ciento; pero es sólo de 15 a 20 en Perú y Paraguay frente a 300, para Norteamérica.

Excluyendo a Argentina donde alcanza a 183 kilogramos, el consumo de productos lácteos alcanza sólo a 82 kilos frente a 487, para Oceanía y oscila entre 248, para Uruguay y 30, para Bolivia. Si bien la ingestión individual subió en 16 por ciento, entre 1952 y 1962, mucho más y de modo ininterrumpido aumentaron en América del Sur, las importaciones de leche en polvo: desde 22 mil toneladas en 1950 a 150 mil en 1963. No es ocioso agregar que Estados Unidos aportó, en condiciones preferenciales, 18.400 toneladas en 1960 y 122 mil en 1963, en tanto que los embarques propiamente comerciales sólo ascendieron de 10.000 a 16.700 toneladas. En 1963 esas concesiones representaron el 80 por ciento. Por temor a las consecuencias dañinas de la competencia, se las prohibió en Uruguay y se las restringieron en Argentina y Venezuela. Por desgracia la popularidad creciente de las bebidas no alcohólicas está desplazando a la leche y a los jugos de fruta.

Entre 1950 y 1962 la producción pesquera experimentó incremento espectacular de 840 por ciento frente a 69 por ciento para el mundo; nuestra participación se elevó así del 3 al 22 por ciento y Perú y Chile aportaron el 90 por ciento del total. Como buena parte se dedica a la fabricación de harina y aceite —cuyas contribuciones a la nutrición humana son indirectas y mucho menores— el consumo mismo sólo aumentó en un 50 por ciento y representó 6,5 kilogramos frente a un promedio mundial —cuyas contribuciones a la nutrición humana son indirectas y muchos menores— el consumo mismo sólo aumentó en un 50 por ciento y representó 6,5 kilogramos frente a un promedio mundial de 10,5. Sin embargo, era de 2,3, en 1938 y proviene ya de este origen un quinto de la ración proteica en Chile, Ecuador y Perú. Manifiestamente descuidada, la pesquería de agua dulce representaba, en 1963, algo más del 2 por ciento de las capturas regionales de pescados y mariscos. Se encarama al 13 por ciento, si se considera únicamente las especies marinas que se dedican a consumo humano.

Los datos de 16 países, que constituyen el 90 por ciento de la población indican que la dieta diaria contiene unos 40 gramos de leguminosa per cápita, cantidad mayor que en cualquiera otra parte del mundo. Suministra así el 15 por ciento de los 67 gramos de proteína, lo que parece particularmente satisfactorio. Va desde 60 gramos para los brasileños a 20 para los argentinos y uruguayos, que son más carnívoros. El frejol contribuye en un 80 por ciento. No obs-

tante haber aumentado la producción en un 35 por ciento entre 1949 y 1961, el mayor consumo se logró gracias a que nos convertimos en exportadores —5 por ciento en los primeros años de la postguerra— en importadores marginales —1 a 2 por ciento, en 1960-1962— porque la población se había acrecentado en 37 por ciento.

Según la Tercera Encuesta que practicó FAO, habría, en el mundo, 10 a 15 por ciento de subnutridos, la mitad de los habitantes sufriría grado mayor o menor de hambre y desnutrición o de ambos: para corregir estos defectos, suministrar dieta adecuada pero no abundante y afrontar los aumentos de población, habría que cuadruplicar el suministro total y sextuplicar el de productos animales, hacia el año 2000. De las 108 naciones miembros de esa Organización, 81 corresponden a la categoría de subdesarrollados y en ellos esos porcentajes son, por cierto, considerablemente mayores. Así las cosas, no sorprende que, en algunas zonas de América Latina, especialmente en el medio rural, entre el 4 y el 6 por ciento de los niños padezcan forma de desnutrición grave y 50 por ciento, de deficiencias intermedias en calorías y proteínas.

Sobre todo en Brasil, Colombia, Ecuador, México y Perú y en toda Centroamérica abundan los síndromes pluricarenciales, la anemia, la avitaminosis y el bocio endémico. La situación es particularmente trágica en las comunidades indígenas, que constituyen alrededor del 50 por ciento de la población de Bolivia, Ecuador y Perú. Manteniendo casi intactos sus hábitos y sus tabús, los indios siguen sufriendo de analfabetismo y desempleo, de parasitosis intestinales y otras enfermedades crónicas, suelen continuar vendiendo los huevos y demás alimentos ricos para comprar otros de menor precio y consumiendo coca y alcohol en abundancia.

En tanto que las naciones del Río de la Plata disfrutaban de 2.800 a 3.000 calorías, 80 gramos de proteínas totales y 50 a 60 de origen animal, Colombia, Ecuador, El Salvador y Guatemala solamente disponen de 2.000, 50 y 20 respectivamente. Para mayor información añadamos algunos de los datos que provienen de varias encuestas parciales. En Honduras los campesinos recibían en 1962, 1800 calorías y de ellas el 75 por ciento emanaba de carbohidratos. Si bien en México ha aumentado constantemente el número de cabezas y la producción ganadera, algunos grupos rurales recibirían apenas 1.620 calorías. En contraste la producción agrícola de Colombia ha crecido a un ritmo inferior que la población y la condición de la urbana se ha mantenido estacionaria en tanto que la rural se ha deteriorado y habría

sectores que sólo disponen de 1.500 calorías. Con promedio nacional de 2000 y apenas con 12 gramos de proteínas animales, Perú y Bolivia tienen los grupos deprimidos a que se aludió.

El estado de nuestra educación

Acaso porque nuestra emancipación coincidió con los movimientos intelectuales y libertarios y con la difusión en gran escala de la educación en Europa, las naciones de América Latina han estado siempre preocupadas, cual más, cual menos, por esta materia y declarado obligatoria la primaria, cuyo acceso es, correlativamente, un derecho de todos los ciudadanos. Unos cien años más tarde, la Conferencia Regional de Unesco sobre educación gratuita y obligatoria de 1956 reveló, sin embargo, que de unos 40 millones de escolares, aproximadamente sólo 19 millones concurrían a las escuelas correspondientes y que la inasistencia y la deserción eran de magnitudes impresionantes. Para la totalidad de los habitantes, el nivel medio de la enseñanza no rebasaba del primer grado ni del cuarto, para los que lograban ingresar. Se dijo entonces que para satisfacer las necesidades básicas, se requerían 500 mil maestros y el acontecimiento marcó el inicio del Proyecto Principal sobre Extensión y Mejoramiento, que ha dado a los esfuerzos un empuje realmente encomiable.

En 1962 el número de matriculados había aumentado a 28 millones, a razón de cerca de un millón y cuarto al año, o sea, con un ritmo de expansión de 5 por ciento y doble, por tanto, que el crecimiento de población. En cambio la retención no había mejorado sensiblemente, puesto que, de ese total, todavía el 40 por ciento se hallaba en primer grado frente a 45 por ciento en 1956 y fluctuaba entre 24 y 50 por ciento. No son éstos coeficientes puros sino brutos, puesto que no corresponden exclusivamente a educandos que se incorporan por primera vez. Están constituidos por el porcentaje de matriculados que alcanza último grado en relación con el primero. Van desde 48 para Panamá y 46 para Cuba, hasta 8 para Nicaragua y 7 para la República Dominicana. De todos modos subieron de 19 a 25 por ciento en Brasil; de 25 a 33 por ciento en Chile y de 12 a 14 por ciento en Paraguay.

También modera el optimismo la existencia de un 20 a 25 por ciento de repitentes y más en el medio rural; además, el porcentaje alcanza a 30 y 40 por ciento de los registrados por primera vez y algunos se quedan en el mismo curso más de dos años. Puede que de un total de 6 millones de primer grado haya 3 millones de repitentes. Por estos efectos haya un retra-

so cronológico tal que la edad mediana de los educandos es, en todas las etapas, 1 ó 2 años más alta que la normal, resulta insignificante la proporción de los que ingresan a los 5 ó 6 años y la tasa máxima se da a los 10. La cantidad de alumnos nuevos se aproxima al doble del número de individuos de 7 años y es, respecto a éstos, de 202 por ciento en Brasil y de 188 en México.

A base de los datos de nueve naciones, que representan el 77 por ciento de los latinoamericanos, UNESCO estableció que apenas está matriculado el 64 por ciento de los niños de 7 a 12 años y que, en números absolutos, de los 24 millones de este grupo, no están atendidos 9 millones en catorce países y casi 3 de los 8 millones de 7 a 8 años. Pueden así ascender a 10 ó 11 millones y a 4 millones, respectivamente, los niños de edad escolar que, en la región, aún se hallan abandonados.

UNESCO señala también otros defectos. El profesor suele tener, al principio, hasta 100 educandos a su cargo y apenas 10, en los últimos grados. Sobre todo en el campo, muchas escuelas permanecen incompletas, lo que importa una discriminación injusta e irritante. No hay, virtualmente, colegio secundario alguno que entrene para la actividad agrícola. Por lo demás, introducir aquí la educación sin haber efectuado la reforma agraria acarrea menos beneficios que daños: despierta desprecio por este trabajo y derrotismo, a la vez que estimula la migración. Por lo demás, esa reforma requiere —según Hernán Santa Cruz, Director Regional de FAO— 5 a 10 veces más personal entrenado en los niveles profesional, práctico y de capataz y la que se realizó en Italia exigió un experto profesional por cada 100 familias a que se reeducó.

Carente de orientación práctica, se suele considerar la etapa secundaria como tránsito hacia las universidades y no como fin en sí mismo. Muchos que no consiguen cabida en estos planteles no reciben la preparación adecuada para sumarse al mundo del trabajo. Carece asimismo de diversificación y no se han practicado estudios sobre las necesidades de profesionales y de mano de obra. No se dispone de servicio de asistencia social y poco o nada se hace por los superdotados y los deficientes.

Los gastos en educación.

Naturalmente las disponibilidades para educación del sector público están condicionadas por el producto nacional bruto y por las demandas en otros rubros. Puede que estén alcanzando el límite de la capacidad. Aproximadamente el 12 por ciento de los estudiantes primarios y porcentajes mayores en niveles me-

dios acuden a establecimientos privados y esta aportación dista bastante de las dimensiones que pudiera y debiera tener. Han de incrementarse asimismo los derechos de matrícula, que aún fuera del plano primario, son más bien simbólicos; pero representan ingresos nada desdenables. No obstante ser bajos los sueldos, los servicios personales consumen proporción muy substancial del presupuesto en desmedro de otros gastos del funcionamiento. Sucede así que muchos edificios quedan inconclusos durante largos períodos y que se descuida, en extremo, la conservación de los que se hallan en uso.

En varios países existiría desequilibrio entre los dineros que se asignan a los distintos sectores, generalmente en favor de las universidades. Guarda relación con el prestigio social de las profesiones liberales que han sido rotuladas de sésamo ábrete. El pago de pensiones al personal jubilado constituye ítem también exagerado. Precisa impulsar la enseñanza de ciencias y como millones rebasan, año a año, los límites de edad para la obligatoriedad escolar, precisa asimismo intensificar la educación continua y permanente, así como formar, en números mayores, personal docente y diversos tipos de especialistas en educación.

No se puede negar el empeño que han puesto nuestros gobiernos. Desde 1956 algunos han aumentado al doble y más los gastos presupuestarios. Así Perú los llevó de 7,4 a más de 18 por ciento; Venezuela de 3,2 a 12,3 por ciento y Colombia, de 6,3 a 13 por ciento. Los duplicó también la República Dominicana y hubo incrementos substanciales en Costa Rica, El Salvador, Honduras y México. Como porcentaje del ingreso nacional, los gastos del gobierno central se han duplicado o más en Venezuela (1,4 a 3,4 por ciento), en Colombia (0,7 a 1,5 por ciento) y en Perú (1,8 a más de 5 por ciento), de modo tal que, a precios constantes, aumentaron en 264 por ciento en Colombia; en 364 por ciento, en Venezuela y en 455 por ciento, en Perú. A modo de inciso cabe agregar que, entre las fuentes ajenas al tesoro público, destacan los aportes del exterior (12,5 por ciento), en Ecuador y comunales (13 por ciento), en México.

Perspectivas de la educación.

Tenemos por delante tarea nada menos que gigantesca, si queremos absorber y asimilar el enorme acervo de ciencia y tecnología contemporáneas. Como anota Urquidí, la urbanización ha estimulado los servicios educativos y éste es aspecto positivo, acaso el único, de la migración interna. El aislamiento rural dejaba en tinieblas las fuertes discrepancias, pero evitaba presión excesiva sobre los recursos. Ahora

la ejerce poderosamente la apetencia que se ha despertado en padres e hijos, porque la oferta misma crea y estimula las demandas. Por otra parte, la fuerza de trabajo analfabeta posee poca adaptabilidad y es difícil de mover desde un sector de la economía u otro. Por cuanto la educación exige poco gasto de moneda extranjera y puede absorber desempleo oculto y tiempo ocioso en la agricultura, su contribución a la economía resulta considerable. Parte apreciable proviene también de que baja la mortalidad y la natalidad. Se estima que, en Estados Unidos, ha sido responsable de más de un tercio de las ganancias y que, en el último medio siglo, su aporte ha tenido doble importancia que el de capital. Se habrían recogido experiencias similares en la Unión Soviética.

Según Hernán Santa Cruz, la historia de los últimos 80 años revela, sin la sombra de una duda, que ha estado estrecha y dinámicamente ligada al desarrollo social y económico y que ha sido equivocación lamentable no haber impartido más educación al pueblo soberano de que habló Sarmiento. Para expandirla se requiere, naturalmente, la terciaria o superior que suministra profesores y personal altamente calificado. Naturalmente también media largo intervalo entre esa expansión y la mano de obra calificada en el volumen deseado. La escuela debe conferir adaptabilidad más bien que entrenamiento para ocupaciones específicas y puede importar ahorro acrecentar los gastos por estudiante*. Resulta difícil practicar inventarios de necesidades, porque son cambiantes y modificadas por la misma educación que, según dijimos, influye también sobre el crecimiento demográfico. Parecen así preferibles las evaluaciones que se basan en el sentido común.

Abundan las razones que autorizan para afirmar que urge perentoriamente ampliar y perfeccionar nuestra educación al máximo sin más limitaciones que las impuestas por la escasez de recursos humanos y materiales. Porque se ha difundido esta convicción extensamente y prevalece notorio afán de planificación, las expectativas parecen bastante favorables. Por fortuna los planeadores de nuestros países entran y salen de la universidad, alternando o compartiendo este trabajo con las funciones docentes y de investigación. Por desgracia, es más fácil destinar dinero a edificios y las ciudades universitarias se han convertido, por este efecto, en símbolos de orgullo nacional. Los sistemas educacionales reflejan la estructura social más que cambiarla y nadie duda hoy que deben ser considerados in toto y que cualquiera medida

*UNESCO aconseja gastar anualmente el equivalente de 40 dólares por estudiante primario.

singular, por racional que sea su adopción, puede sacarlos de sus goznes con manifiesto perjuicio para la empresa. Nadie discute tampoco que el proceso ha de ser continuo y responsabilidad conjunta de los profesores, cualquiera sea el nivel en que enseñan. No cabe negar que se grita por la técnica y, en esta esfera, se suele ganar poco y aún retroceder. Hay que tener presente el peligro de los educandos que no encuentran ocupación. Se puede prescindir de la medición de rendimientos que, probablemente, van a ser opíparos.

Fundamentos del control de natalidad

Cada día son menos los que disienten de la opinión prevaleciente de que el crecimiento de población constituye para el mundo, en general y para el subdesarrollo, en particular, el problema más grave que ha afrontado la humanidad. John D. Rockefeller ha anotado que supera al peligro de las armas nucleares, puesto que pueden no emplearse jamás mientras que esa fundación de individuos, está constantemente desgastando los recursos y debilitando los cuerpos sociales. Como afirma el doctor Glycon de Paiva, ex Presidente del Banco Internacional de Desarrollo Económico de Brasil, el agente expoliador de la economía no es el yanqui, ni el negociante nativo, ni siquiera el mal ingente de las instituciones públicas sino el niño indeseado, el adolescente que invade el medio en volúmenes geoméricamente crecientes, reprimiendo el desarrollo y agotando a la nación.

Si bien no es tarea menuda, condicionarlo dista mucho de ser imposible. Al fin y al cabo hay que ilustrar las mentes y robustecer, de modo permanente, otras tantas voluntades de unos dos mil millones de sujetos e inducirlos a tomar muchísimas decisiones personales, que, en ocasiones, suelen ser difíciles. Para lograr equilibrio deben impedirse acaso de 20 a 40 millones de embarazos al año*. Con situación tan desesperada —piensan algunos— debería alcanzarse esa meta en una década. Se ha pretendido que exigiría un nuevo Proyecto Manhattan, salvo que sería más complejo y costoso que la disociación del átomo o que la aventura del viaje a la luna, para el que se habrían destinado 20 mil millones de dólares. Aunque fuera así, representaría la inversión más inteligente y productiva que se haya hecho nunca. De otro lado se ocupan —agregan otros— miles de millones y enorme personal para alargar la vida en circunstancias que hay muchas

cáusas de muerte y una sola manera de venir al mundo.

Parece demostrado que ha experimentado disminución sustancial de su fertilidad todo país que tiene menos de 45 por ciento de su fuerza de trabajo en la industria extractiva; asistiendo a escuelas primarias el 90 por ciento o más de niños de la edad que corresponde y más del 50 por ciento de población urbana y que el fenómeno guarda relación más estrecha con la educación que con cualquier otro componente del nivel de vida; además, que las ventajas determinadas por esa disminución son acumulativas y tanto mayores cuanto más precipitadas. Nada justifica, sin embargo, esperar ese momento con los brazos caídos. Esta actitud, que se podría rotular de pesimismo o derrotismo demográfico, resulta particularmente absurda en América Latina por la doble circunstancia de que, por el proceso espontáneo, ese momento demorará mucho en llegar y porque estamos, a no dudarlo, sufriendo ya una transición demográfica, que hace más productivos y expeditos los esfuerzos de control.

No volveremos sobre los datos que respaldan esta afirmación y sólo agregaremos que, en Chile, la natalidad fue, en 1940, de 42 por mil —si se corrigen las omisiones— y en 1960, de poco más de 30. Todavía más, la disminución comenzó antes en la capital, donde la tasa es ya de 24 ó 26. Las diversas investigaciones que se han practicado revelan que, en las clases altas o, más propiamente, en las mejor educadas, que casan también más tarde, se evita un embarazo de cada dos, deliberadamente, de seguro. En contraste las mujeres de estratos más bajos, que comienzan su vida sexual antes de los 20 años y no la interrumpen hasta los 50, tienen, en promedio —según la encuesta de Tabah y Samuel— 6,24 nacidos vivos y 7,95 embarazos.

Dobleación más acentuada de la fecundidad se ha observado, por efectos de la urbanización, en Argentina y Uruguay. Se comprende que, en general, destaque con más claridad porque, como apuntamos, la emigración desde el campo es fenómeno reciente y se sabe que los individuos que ingresan recientemente a la industria conservan su fertilidad tradicional durante una generación, al menos. En Costa Rica la natalidad no ha descendido, en cambio, de 43 por mil, desde 1905; la mujer casa a edad mediana de 20 años y tiene un promedio de 7,3 hijos; además, el 22 por ciento de las madres son solteras. Como es incuestionable que, en estos sesenta años, mejoraron apreciablemente las condiciones sanitarias y de alimentación, la fertilidad debió acrecentarse por razones que adjudicamos al comparar la nuestra con la de India, si no hubieran actuado las fuerzas sociales de acción depresora.

*30 millones, asevera Robert C. Cook, ex Presidente de Population Reference Bureau, Inc.

Parece incuestionable que las uniones consensuales y aún el concubinato polígineo guardan relación con la ausencia de divorcio y que se atenuarán cuando termine imponiéndose. En Puerto Rico ha disminuido, desde 1940, de 42 por ciento para el hombre y 41 por ciento para las mujeres, a 16 y 16,5 por ciento, respectivamente, en 1960. Consecuentemente, se aplazará la edad de los primeros contactos fecundos y se amenguarán las concepciones. Basta pensar que en Haití habría tres relaciones consensuales por cada uno de los matrimonios legales y en Bolivia, tres de aquéllos por cada casamiento religioso.

Se puede afrontar el futuro con optimismo

Hay muchos otros motivos de optimismo y ante todo, lo alientan los éxitos sonados que está obteniendo la Federación Internacional de Paternidad Planeada en 90 países de todos los continentes. Es cierto que de la Conferencia Mundial de Población de Belgrado no salieron programas de acción, como muchos esperábamos. En cambio fue impresionante comprobar la concurrencia de unas mil personas y el coro de voces que proclamaban los riesgos que nos acechan. Acaso adquirió más significado la Conferencia de Programas de Planeo Familiar, de Ginebra, que auspiciaron el Consejo de Población y la Fundación Ford con ayuda de Rockefeller. Hubo aquí unos 200 asistentes que provenían de 36 países y de los datos se desprendió claramente que, con seguridad razonable, se pueden esperar, en los próximos 5 años y por primera vez en la historia, declinaciones de fertilidad —al menos en poblaciones pequeñas, aunque significativas— a impulso de la sección deliberada.

Basta citar sólo algunos ejemplos, intencionadamente dispares, de lo que está ocurriendo. Taiwán ha bajado, desde 1960, la natalidad de 39,5 a 32,5 por mil y Barbados —que tiene una de las densidades mayores del mundo e inició su programa en 1955 para expandirlo en 1958 y 1961, sucesivamente— la rebajó, entre 1955 y 1967, desde 33,4 a 25,2 por mil. Se estima que en Hong Kong se evitaron, en 1964, 25.000 nacimientos y que a ellos se agregaron otros 10.000, en 1965. Hechos semejantes están sucediendo en Singapur y Corea, donde el 10 por ciento de las casadas de edad fecunda recurre ya a los dispositivos intrauterinos o al aborto. En los suburbios de Chicago los nacimientos habrían disminuido, por el mismo mecanismo, en un 25 por ciento, entre 1960 y 1964.

Como observó el Dr. Ronald Freedman, Director del Centro de Estudios de Población de la Universidad de Michigan, ninguno de aquellos cuatro países —Taiwán, Corea, Hong Kong,

Singapur— estuvo representado en la Conferencia de Milbank de 1960 y, en general, prevaleció entonces escepticismo respecto a la posibilidad de que los esfuerzos organizados ejercieran influencia alguna. La desconfianza derivaba principalmente de que suele haber una ambivalencia muy marcada entre las declaraciones y la conducta (actitudes y práctica) de la gente en el sentido de que muchas parejas que abogan por la anticoncepción no la ejercitan, en tanto que otras que toman precauciones no querrían verlas extenderse. No es menos cierto que, con la curiosa excepción de Indonesia, todas las encuestas revelan el interés en la materia de personas de ambos sexos y el fervor con que solicitan que se establezcan programas. No deja de ser sugestivo que en Photharan, unos poblados de Tailandia, a algunos de los cuales se puede llegar únicamente por bote y donde la mayoría de las mujeres son analfabetas, alrededor del 20 por ciento haya aceptado, en un año, los dispositivos intrauterinos.

Según apuntó Bernard Berelson, Presidente del Consejo de Población, han aparecido, entre un Congreso de Demografía y otro, esto es entre 1954 y 1965, fundamentos de experiencia, cuerpo sólido de conocimientos, cantidad de personal entrenado, tecnología mejorada y planes estratégicos de ataque. Se sabe así que, si bien la organización y la administración suelen oponer los obstáculos más formidables, cabe emprender acciones de mucho éxito y que éste depende de la realización sistemática y persistente más que de sus contenidos. Se les puede variar bastante y obtener, sin embargo, resultados similares.

Condiciones de los programas de control

Por esa ambivalencia en la conducta de la gente y porque se ha comprobado que son más susceptibles las personas cultas, de cierta capacidad económica y del medio urbano, se prefiere concentrar los esfuerzos en algunos sectores más bien que cubrir extensión lata. No constituye regla absoluta, sin embargo, puesto que nuestros consultorios se atestan de proletarios. Conforman principio infalible, en cambio, que los deseos de control adquieren intensidad dondequiera la mortalidad es baja y hay afanes de mejoramiento. Puede que sea característica común de todas las sociedades; pero parece evidente, en todo caso, que, entre nosotros, aún los sujetos que ocupamos posiciones de poca prominencia poseemos una zona de influencia más o menos amplia y en materia de control de natalidad, el efecto de demostración es claro y de gran eficacia. Se ejerce aún de manera indirecta. Por otra parte la propaganda contra-

ria y los rumores falsos acarrear perjuicio meramente temporal.

No conviene cerrar los ojos a las dificultades, que son considerables. Desde luego el concepto de que el niño pueda ser perjudicial para el bienestar de la familia suele ser ajeno y aún repulsivo para nuestras civilizaciones cristianas y católicas. Con frecuencia los gobiernos rehuyen afrontar asunto que juzgan peliagudo y políticamente escabroso. Parece haber perdido validez ya la advertencia de Lleras Camargo de que caminamos hacia el abismo con los ojos vendados por el prejuicio, puesto que se ha vencido el tabú y el asunto se ha puesto a la luz de la discusión pública. En otra parte hemos dicho, fundadamente, que se ha juzgado con mezquindad la conducta de la Iglesia Católica. Ahora sólo quisiéramos reiterar que ha estado más preocupada de auspiciar investigaciones de actitudes y de los problemas de población y sus posibles soluciones que muchos oficiales de gobierno y que el diálogo entre católicos y no católicos se torna cada día más vivo y más conducente a la comprensión mutua.

Adlai Stevenson forjó la ilusión de que la necesidad de afrontar en conjunto este terrible dilema produjera, por fin, la fraternidad de los hombres y el doctor John Rock agregó que el esfuerzo puede sacarlos de su "fecundidad bestial y cargada de especie hacia la seguridad salvadora de la alta espiritualidad". Nuestros pueblos no necesitan el latigazo de la pobreza, porque la tienen en abundancia y según la Organización de Estados Americanos ni siquiera las personas de baja educación quieren tener más de tres o cuatro hijos. Resulta obvio que atenta contra la ética engendrar más hijos de los que se puede llevar a la edad adulta de modo que robustezcan la sociedad en su lucha por el mejoramiento general.

Para reclamar la formulación y puesta en práctica de una política de población, bastaría invocar, como único argumento, la plaga tremenda y creciente de los abortos. En el mundo constituyen, con mucho, el método más socorrido de control de natalidad hasta el punto de que, para evitar los desastres del clandestino, se han visto obligados a legalizarlo, además de Suecia y Dinamarca, todos los países socialistas de la Europa Oriental con excepción de Albania. Se le emplea ampliamente también en Japón, la Unión Soviética, en Taiwán y en China Continental. Se lleva las palmas Hungría, que ostenta hoy la natalidad más baja del mundo y está seriamente preocupada porque su población tendería a decrecer. Se dice que, en Budapest, hay dos abortos por cada nacimiento. Klinger ha comunicado recientemente que, en este país, la frecuencia abrumadora de los nacimientos tendría alguna relación con el au-

mento en el número de los nacimientos prematuros. Los defensores de su legalización aducen que es una intervención muy inocua en forma que la letalidad es del orden de 5 por 100 mil frente a 17, que tienen, en Estados Unidos, las amigdalectomías. Cualquiera sea la posición ideológica, no cabe duda de que, entre nosotros, tienen influencia marcada sobre la mortalidad materna y en Chile ocasiona así un tercio de la misma; da lugar a un comercio repugnante —de piratería— y se presta a abusos de toda clase.

Procedimientos de control

Por cuanto se estudia con ahinco la fertilidad humana cuyos mecanismos eran completamente desconocidos hace unos 50 años, se puede prever que tal vez se dispondrá, en plazo breve, de un método ideal, que desplazaría, total o parcialmente, a los demás. Hasta ahora no existe; pero hay varios que ofrecen seguridades de eficacia e inocuidad. No es del caso pasarlos en revista, sino recordar algunos hechos que resultan de la experiencia y de las comunicaciones más recientes. En el ciclo normal de la mujer hay períodos de fertilidad que son susceptibles de regular y extender. Se lo logra por las combinaciones de hormonas, que, en la expresión popular, generalizada ahora, se denominan píldoras. Tanto es así que se las está prescribiendo en el tratamiento de los males de la menopausia, particularmente la precoz. No se logra únicamente encauzar los fenómenos, sino también reanudar, en algunos casos, los flujos menstruales, empleándolas durante períodos de un año y suspendiéndolas después. Ultimamente hemos aprendido que las molestias —semejantes a las del embarazo— que suelen sufrir algunas personas, desaparecen por sí solas, prolongando la ingestión. Ofrecen garantía cercana al ciento por ciento y sólo interior a la esterilización y a la abstinencia absoluta. Si se dejan de tomar cuatro o cinco píldoras en la serie, el riesgo de embarazo sube al 2 por ciento frente al 40 que representaría un coito al azar.

Los dispositivos intrauterinos reciben más aceptación cada vez y, en Chile, se están difundiendo apresuradamente. Se comprende que sea así puesto que tienen costo insignificante, se suelen tolerar bien y, al igual que las píldoras, son totalmente independientes del acto sexual. Cuando se retienen prolongadamente, exigen una sola decisión. Subsiste el riesgo de las expulsiones que, en un 20 por ciento, aproximadamente, pasan inadvertidas. Pocos creen ya en el fantasma de los microabortos y la mayoría piensa que impiden la fecundación por cambios en la movilidad de las trompas y del útero.

Recientemente se publicaron los resultados de su utilización en un conjunto de 11.222 mujeres y en cerca de 86.000 meses. Hubo 187 embarazos y la tasa acumulada de fracasos, después de un año, alcanzó, por cada cien inserciones, desde 1,8 para el espiral hasta 15,5 para el anillo, con promedio de 2,6. Tan reversible como los hormones, parece aún que la probabilidad de una concepción en el mes que sigue a la suspensión fuera muy alta.

En algunas encuestas chilenas se ha encontrado proporción elevada de esterilizaciones. En algunas partes se las está sistematizando, esto es, aconsejándolas a parejas de ciertos grupos de edad, con determinado número de hijos o que recurran con frecuencia al aborto. Se puede predecir que no se generalizarán hasta que la cirugía plástica encuentre la manera de restituir la permeabilidad de los conductos a requerimiento de la persona. Por el momento tienen indicaciones restringidas y la seria limitación de que a ella recurren, de ordinario, las parejas que han tenido ya prole numerosa. Equivale casi a cerrar la puerta de la caballeriza después que se roba el caballo.

Si bien goza de cierta popularidad, parece incuestionable la necesidad de difundir mucho más el **condom**, que ofrece la ventaja adicional de proteger contra las enfermedades venéreas. Otros impedimentos mecánicos y los espermicidas tienen aplicaciones más restringidas, a medida que se perfecciona el tratamiento hormonal y los artefactos. Puesto que guardan relación estrecha con el coito mismo, exigen fuerte determinación y, por tanto, cierta cultura y, en el otro extremo, resultan engorrosos de aplicar para quienes viven en condiciones de mucho hacinamiento y en ambiente desfavorable (calor, humedad, etc.). En Chile se realizan ahora esfuerzos para expandir y regularizar el comercio de los productos aceptables.

Localización de los consultorios y la clientela

No hay duda que dondequiera existen servicios de madre y niño de extensión razonable, los consultorios de regulación de natalidad deben formar independientemente, dada la urgencia del problema de población. La experiencia ha demostrado que alcanzan eficiencia considerablemente menor. Tampoco cabe la menor duda de que las mejores clientes son la embarazada y, sobre todo, la mujer que acaba de tener un parto o un aborto y la madre de niños menores. La acción forma parte frecuentemente del cuidado post natal y puede contribuir a consolidarlo y a ampliarlo. Puesto que se le practica, de ordinario, en escala reducida, ese estímulo parece particularmente deseable. La mejor propaganda proviene, a su vez, de la

cliente satisfecha y es tan eficaz que, en ocasiones, los chilenos nos vemos obligados a pedirle que no divulgue demasiado su secreto, porque no podemos atender la demanda consiguiente.

El cuello de botella de nuestros programas está constituido, naturalmente, por los profesionales. Como nos regimos, hasta hace poco, por el Código Sanitario o sea de época en que nadie pensaba en control de natalidad, prohíbe a las matronas toda actuación que no sea la atención del parto. De consiguiente, su colaboración no es nula, pero sí restringida. Habría que utilizarlas más ampliamente a ellas y a las enfermeras y considerar la posibilidad de emplear otro personal, de cierta cultura, debidamente instruido y entrenado. Dado el incremento creciente y premioso de la demanda de atención médica, no existe posibilidad alguna de que la labor adquiera la amplitud necesaria si se la confía exclusivamente a los colegas. Seguirán ellos siendo, naturalmente, los jefes de equipos, que necesitan ser multiplicados.

La responsabilidad de los médicos

Con sobrada razón, la Asociación Médica de Estados Unidos ha declarado que el control de la natalidad no es sólo asunto de paternidad responsable sino también de ejercicio responsable de la profesión y que ésta debe asumir un papel de primera importancia y una actitud resuelta, puesto que el problema afecta a la colectividad entera y también a la familia individual. Si esta afirmación vale para un país de prosperidad incomparable e increíble y cuyo crecimiento demográfico alcanza a la mitad o menos, que el nuestro, ¿podemos desentendernos nosotros?

¿Podemos continuar con los ojos cerrados frente a las calamidades que representan nuestra mortalidad materna, infantil y del primer quinquenio, el estado de nutrición de nuestro pueblo y, especialmente, de esas madres y esos niños; las familias numerosas, que son un factor en el complejo de fuerzas tradicionales que mantienen la miseria y el analfabetismo; la ilegitimidad y los abandonos, etc.? En otra parte el autor declaró y quiere reiterar que le bastaría que economistas responsables le aseguraran que una frenación relativa en el crecimiento de la población no acarreará daños sobre el desarrollo social y económico para empeñarse decididamente en evitar los embarazos indeseados.

Respecto al aplazamiento del primer embarazo, la Asociación aconseja hacerlo sistemáticamente en los matrimonios a edad inferior a los 20 años porque, en ellos, la procreación está estrechamente correlacionada con una alta tasa de divorcios; para los cónyuges mayores de

20 no conviene retrasarlo más de unos 2 años, por temor de que exista esterilidad ignorada, que conviene desenmascarar a edad temprana. Cuando la esposa tiene más de 30 años, sólo se justifica esperar unos meses, porque la fertilidad está decreciendo ya. Se puede afirmar que los guardadores del pasado no pueden ser los conductores hacia el futuro y los médicos han mantenido siempre una posición de avanzada. Ante todo deben adquirir conocimiento cabal de los términos del problema y cuando no se empeñan ellos mismos en la aplicación de los métodos anticoncepcionales ni participan activamente en los programas deben, al menos, enseguida tener ocasión y referir los casos al colega o al servicio que corresponda.

Todo servicio bien organizado realiza nor-

malmente cierta cantidad de investigación aplicada, que es indispensable para no trabajar a ciegas; ahora que la colaboración internacional en materia de investigación es viva e intensa, se justifica empeñarse en la investigación pura en el grado que no dañe la acción efectiva. Un punto que exige dilucidación pronta es la participación que pueden asumir los varones en cuanto empleen ellos mismos los agentes anticoncepcionales o como agentes de difusión, como también responsables del buen uso y de la suspensión en sus cónyuges. Cuando se intente evaluar los rendimientos hay que tener presente que, entre las mujeres que practican hoy anticoncepción, muchas recurrían antes al aborto y la influencia de aquéllas sobre la fertilidad resulta deformada.